

de se iluminará la conciencia y se determinará la voluntad de Bruto, suspensas por las maquinaciones de Servilia.

Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan el hombre hasta sobreponerlo al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito, y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó la rota de Farsalia, que nada le importaba por él, sino por la república. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é íntimas de su tormentoso espíritu. Con esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía en su flota y la impelió desde la pequeña Sirte hasta la célebre Utica. Aunque se iniciaba el invierno, y por tanto una estación más propicia, en aquel abrasado clima del desierto, á las peregrinaciones, un martirio sufrió Catón durante aquel prolongado viaje, á cuyo término se hallaba como un descanso la muerte. No usando, por costumbre apenas creíble, los romanos todavía del camello, cuyo paso tan sólo devora los infinitos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellos del Etna; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas, cual montañas, en alas del

viento, y quemando como erupciones volcánicas; tales calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército aquel, guiado por un filósofo, más era ejército de paciencia que no ejército de combate. Pudiendo impedir á César el paso desde los territorios griegos al territorio egipcio, y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Ciertamente que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con el número de naves que tenían los republicanos en la mar griega, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón sólo sirvieron á la fuga universal. Y, sin embargo, por esa petulancia propia de los partidos, que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del imperio cesarista, y creyendo próxima la ruina de César desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema, todavía se disputaban entre sí el mando y dirección de sus partidarios, como no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no po-



dían servir ni valer en defensa de la libertad y de la república, pues cuando no acertaban á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, ni quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo su vida.

Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarividente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con

su ligera caballería nómada. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de Africa vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia. Una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes, y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistiéronse á toda resistencia y declararon importarles poco la victoria de César, con el cual no querían habérselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus mandatos. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaba, curóse tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto y abriendo las que daban al mar, conjurólos con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rogados y excitados por tan apremiante modo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solitario en compañía de sus dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el infortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la muerte y la inmortalidad. El pensamiento

último correspondiente á la vida y á la tierra, que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y de Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la república y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte. No quería vivir sin la república y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas y estaba dispuesto á inmolarsé por la propia mano sobre su recién abierto sepulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solicitada y requerida como pudiera solicitar y requerir á un vil amante con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos entre deudos y partidarios y colegas, que le acompañaban, llegaron á entrever en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi á lo interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y sublime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conver-

saciones, en todo su sér, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, y eterizándose, como la mirra y el incienso quemados en las trípodes sacras de los sacrificios, tocar en lo invisible y en lo eterno como un puro y sobrenatural espíritu.

Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del dialogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe; cumplido todas las obligaciones respecto de su patria, y de su estirpe, y de su clase; puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternas del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente, de una eterna claridad.

Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética, el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Hibla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma, y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aun tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la supra esencial sustancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya

tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, dan de sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las oscuras cosas en el fuego celeste; y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento; y por las ideas esclarecemos el universo material; y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incommunicables arquetipos de los cuales todo lo existente parece pobre copia. La imitación de Jesucristo, escrita para el consuelo y el aliento de los hombres en la Edad Media, no supera en eficacia y virtud á las altas y sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieran, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austerísimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarle á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluída la lectura con arrobamiento decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad, y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera, en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano

era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces el siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba, pero no venía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaran el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oír esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la familia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensi-

dad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmolación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos, que le habían en el alma infiltrado una doctrina, por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con acto de suyo tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos, á quienes diera el sér, le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte. Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aun departía con los circunstantes. Desde las alturas, adonde acababa de llegar, ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar como él en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros hubiérase conmovido y ablandado. Catón, el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia

efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas, murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo, por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.

La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convir-

tió en ideal de su doctrina revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resignación y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano, que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las dos obras posteriores de la civilización, el cristianismo y el derecho. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio adonde lo alzaba ya la historia contemporánea, Catón quedó como un héroe de la libertad y de la república en el humano pensamiento. Si quedó así en el corazón de las gentes, imaginaos cómo quedaría en el corazón de su hija. Porcia profesaba el estoicismo con la exaltación que dan todas las mujeres á sus profesiones de fe. Lo que había sido en Catón una creencia pasó en ella por ley natural á una pasión. Amante de su padre y de la doctrina de su padre, juró, no solamente seguirlo en sus ideas, obedecerlo en su memoria, como si estu-

viera vivo é imperara todavía en el hogar y en la familia, vengarle de la horrible muerte á que le moviera el crimen y el triunfo de César. Una situación personal análoga de suyo á la situación reconocida en Cayo Graco tras la muerte de su hermano renace por ley natural en Porcia tras la muerte de su padre. Muy silenciosa, muy sufrida, muy recatada, muy puesta en lo que á su sexo y á su condición cumple, la hija del mártir no alardea de sus propósitos; callaba en mudez semejante á la del primer Bruto, mudez pitagórica ó estoica, como queráis llamarla, conducente á reconcentrar más y más la fuerte pasión suya, dándole muy alta y continua intensidad. Un enemigo interno y otro externo tenía Porcia en tal empresa. Era el interno la complexión de Bruto, era el externo la madre de Bruto. En la cabeza puntiaguda del republicano penetraban y permanecían muy pocas ideas. La indiferencia filosófica, propia del sentido predominante por la razón aquella en los filósofos romanos, le habían hecho desasirse de las pasiones y elevarse á una región de suyo tan etérea y abstracta como la que ocupaba Catón. Sólo que, mientras este último en sus postrimerías oponía indiferencia glacial á los dolores todos y á la eterna muerte, oponía Bruto glacial indiferencia por su parte á la libertad y á la república. Partidario de Pompeyo, no obstante